

La verdad de las víctimas

Jon Sobrino

Resumen

En este artículo, el autor hace un análisis sobre la verdad y, para entenderla, hace tres reflexiones. Así, explica qué se entiende por *víctimas*; por qué la verdad no debe comprenderse solo como un *instrumento* para hacer justicia a una o a varias víctimas; y que la verdad pertenece también al ámbito de la "finura", que significa dejar hablar a la realidad, tener una mirada limpia, despertar del sueño de inhumanidad. Y desde este "espíritu de finura" —compromiso, utopía, recuperar cuanto de humanidad hemos perdido—, desde la experiencia de estos años en El Salvador y, en el ámbito teórico, desde la tradición bíblico-cristiana, tradición importante, tanto por lo que toca a la verdad como a las víctimas, el autor ofrece tres reflexiones sobre verdad y víctimas: la relación esencial entre víctimas y encubrimiento, el aporte de la verdad a las víctimas y el aporte de las víctimas a la verdad.

Introducción

Verdad, justicia y paz son todas ellas realidades importantes. En este encuentro van a ser analizadas desde la *perspectiva* de las víctimas, y por lo que toca a los *contenidos*, la verdad, la justicia y la paz se interrelacionan, lo cual quiere decir que solo en su conjunción traerán salvación para las víctimas. En esta presentación me voy a concentrar en la verdad. Pero antes quisiera hacer tres breves reflexiones.

La primera es sobre lo que entendemos por *víctimas*. Por víctimas entendemos, en primer lugar, *una realidad global*, la realidad de nuestro mundo, en cuanto *victimizante* y *victimizado*. Indudablemente, hay víctimas concretas que hay que conocer, defender y esclarecer sus casos. En El Salvador hay que esclarecer el de Monseñor Romero y el de Katia, por mencionar dos víctimas importantes. Y hay que trabajar por llevar a los tribunales a un Pinochet, a un George Bush, a un Saddam

Hussein, por poner ejemplos emblemáticos de nuestra época. Esto es evidente, pero la *verdad* de las víctimas no debe reducirse solo al ámbito de los casos, sino que debe aparecer en el ámbito de la realidad global. En el mundo no solo hay, pues, víctimas —numerosísimas—, sino que la realidad está transida de una fuerza maléfica, que actúa, como por necesidad, debido a la injusticia y la mentira estructurales, a opresiones e imperialismos de todo tipo. Es una realidad que genera víctimas, y el “victimizar” se convierte en existencial histórico de estructuras y grupos poderosos, tanto más eficaz cuanto aquéllos sean menos conscientes de ello.

La segunda reflexión se desprende de lo dicho. La verdad no debe ser comprendida solo como un *instrumento* para hacer justicia a una o a varias víctimas, dando a conocer los hechos de victimización, sus autores, la impunidad y el encubrimiento en cada caso, la adecuación o no de los procedimientos con la legislación... Todo esto es bueno y muy necesario, por supuesto, pero no es suficiente. La verdad no se debe comprender solo *instrumentalmente*, como puro medio para defender “casos”, sino *metafísica y antropológicamente*, si se quiere. Lo primero quiere decir que la verdad tiene que ser vista en relación con la misma realidad, en cuanto ésta forcejea por decir lo que es y por defenderse de la afrenta que se le hace, cuando se la silencia o desfigura. Lo segundo quiere decir que la verdad tiene que ser vista en relación con la totalidad del ser humano, de modo que éste, todo él, se deje afectar con ultimidad por la verdad de la realidad.

La tercera reflexión profundiza en esta actitud, no meramente instrumental, lo que vamos a hacer en forma de breve digresión. Blas Pascal, insigne científico (matemático y físico) e insigne pensador humanista, distinguió entre el *esprit de géometrie* y el *esprit de finesse*. Al hablar de “espíritu de geometría”, se refería al espíritu de las matemáticas, exactitud y precisión; en suma, al espíritu de lo racional. Más difícil es traducir *esprit de finesse*. Quizás “la mejor traducción sería “delicadeza”, entendiendo con ello todo lo que nos hace conocer más sutilmente, más atinadamente, más sentidamente, más refinadamente”¹. Pascal insistió en que

ambas cosas son necesarias², pero —en la época racionalista en que vivió, inaugurada por Descartes— lo novedoso consistió en “el espíritu de finura”.

Volviendo a nuestro tema, sin buscar paralelismos fáciles, quizás podamos decir que para tratar el tema de la *verdad*, en relación con las víctimas, no basta, aunque sea necesario, lo equivalente al *espíritu de geometría* (organizaciones, investigación, legislación, trabajar por cambiarla...), con la conotación de aplicación objetiva de normas, a veces casi mecánica, a hechos reales, de avances pragmáticos en impartir justicia —todo lo cual es excelente y muchas veces heroico—. Pero se necesita también lo equivalente *al espíritu de finura*, dejar hablar a la realidad, tener una mirada limpia, despertar del sueño de inhumanidad, todo lo cual es necesario, si queremos ayudar eficazmente a las víctimas —pase lo que pase *geoméricamente*, si se nos permite hablar así, ante tribunales—. Hay casos que se pueden perder —y se pierden— al nivel de *geometría* (el gobierno de Estados Unidos no aceptó la competencia para ser juzgado por los bombardeos a civiles en Corinto, Nicaragua; y no reconoció las resoluciones de Naciones Unidas sobre Irak), pero sería una mayor tragedia perder al nivel de *finura*: por ejemplo, ignorar y despreciar a los millones de víctimas cotidianas en Irak, África, nuestra América Latina, que siguen sin nombre, sin existir; no sentir la impotencia y desvergüenza de que no haya tribunales ante los cuales llevar a sus responsables, el neoliberalismo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el ACLA...

En mi opinión, en el mundo actual hay exceso de “geometría” (instituciones, ordenamientos o pseudoordenamientos, pactos y convenios, económicos, militares, políticos), que normalmente están en manos de los poderosos e imponen todo lo que sea “geometría” a su favor. Y existe gran déficit de “finura”, cuya reserva está en los pobres y en algunos solidarios, en donde sí abunda. Este déficit de finura caracteriza a nuestra época³, y se hace notar en todos los ámbitos de la realidad social, incluido el ámbito del entretenimiento y del deporte. Y con frecuencia aparece también en el ámbito de la religión, cuando, por ejemplo, cáno-

1. Hans Küng, *¿Existe Dios?* Madrid, p. 86.

2. Pascal cree que “todo los ‘geómetras’, todos los matemáticos deberían ser refinados, y, al contrario, todos los refinados deberían ser también ‘geómetras’, matemáticos”, *ibid.* Pascal desarrolla la idea en *Pensées* 1, Ch 21.

3. Ernesto Sabato lo recalca en sus últimas obras *Antes del fin* (1999) y *La resistencia* (2002).

nes, autoridad, tradiciones, son usados *geométricamente* para impedir el acceso de las mujeres al sacerdocio ministerial, problema que es visto de manera muy distinta desde el “espíritu de finura”. Y ese déficit de “finura” también puede aparecer en instituciones de derechos humanos, en organizaciones no gubernamentales cuando —aunque sea comprensible— se concentran en el “instrumento” legal, pero sin prestar suficiente atención a la estructura victimizante de la realidad, incluida la democrática, o al sufrimiento de que está transido todo el tercer mundo, o a la exigencia de trabajar a fondo perdido y arriesgar recursos, prestigio, la vida a veces, o a la dimensión salvífica de las víctimas, de lo que hablaremos al final.

El “espíritu de finura” toca fibras y vive de una savia distinta a la del “espíritu de geometría”. No se le opone, por supuesto, sino que es complementario, pero tampoco es lo mismo. Bien expresó Ernesto Sabato, Presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, en Argentina, este espíritu de finura de la siguiente manera:

Les propongo entonces con la gravedad de las palabras finales de la vida, que nos abracemos a un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro; esperemos, con quien extiende sus brazos, que una nueva ola de la historia nos levante... Solo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido⁴.

Desde este espíritu de finura —compromiso, utopía, recuperar “cuanto de humanidad hemos perdido”—, desde la experiencia de estos años en El Salvador y, en el ámbito teórico, desde la tradición bíblico-cristiana, tradición importante, tanto por lo que toca a la *verdad* como a las *víctimas*, vamos a ofrecer, en forma de breves proposiciones, tres reflexiones sobre verdad y víctimas: la relación esencial entre víctimas y encubrimiento, el aporte de la verdad a las víctimas y el aporte de las víctimas a la verdad.

1. Verdad y encubrimiento

Primera proposición. Existe una relación esencial entre verdad y víctimas, cuya primera ma-

nifestación aparece desde lo negativo: allá donde hay víctimas hay mentira. Eso es así porque escándalo y encubrimiento son correlativos.

Empezamos desde la negatividad porque, como decía Ellacuría⁵, la utopía comienza con la negación de lo que pone de manifiesto el profetismo. Para nuestro tema —la relación entre *verdad* y *víctimas*— es importante ver cómo aparece la *mentira* alrededor de las víctimas. La mentira, negación de la verdad, es lo más flagrante y, también por eso, puede ayudar *mystagógicamente* a introducirnos en cuán positivo es su contrario, la verdad.

La realidad de las víctimas. A continuación vamos a usar el término “víctimas” en un sentido amplio: personas, y sobre todo grupos sociales y pueblos que, injusta e indefensamente, son privados de sus derechos más elementales, sobre todo de la *vida*. Esto puede ocurrir *lentamente*, a través de estructuras económicas injustas, que envían a la muerte lenta, y también *violentemente*, a través de guerras y torturas, que envían a la muerte rápida y cruel. A esta “victimización” fundamental acompaña con frecuencia la privación de la *libertad*, y la negación de la *dignidad*, de la *palabra* y del *nombre*, es decir, la negación de la *misma existencia*. Muy poca gente, incluso en países democráticos y afluentes, en que abundan las universidades, sabe por ejemplo que en Afganistán existen 22 millones de seres humanos con una expectativa de vida de 43 años y con un 75 por ciento de la población que sufre de malnutrición. La conclusión es que Afganistán *no existe*.

Acabamos de hablar del “derecho a la vida” y quizás convenga hacer una reflexión, pues, en lo personal, nunca he entendido la expresión. La “realidad” *es* y no tiene sentido hablar de que tenga “derecho” a *ser*. Pues bien, el ser viviente “es” y no tiene sentido hablar de que tiene derecho a ser “viviente”. No veo, pues, que la vida sea un “derecho” para un ser viviente, pues es su *ser*⁶. Donde puede empezar a tener sentido el concepto de “derechos” es al analizar cómo se “desdobla” la vida de ese ser viviente en dimensiones específicas. Dicho en pocas palabras, esa vida —por lo que necesita y por lo que produce— se desdobla en alimentación y salud, educación y trabajo, en libertad y dignidad, en saber,

4. Citado por Benjamín Cuéllar, en *Justicia para las víctimas en el siglo XXI*, San Salvador, 2002, pp. 6s.

5. Véase “Utopía y profetismo desde América Latina”, *Revista Latinoamericana de Teología* 17 (1989), 142-149.

6. Otra cosa es si la sociedad tiene derecho a privarle de vida, la problemática de la pena capital, cuando entran en colisión derechos de diversos seres vivientes.

esperanza, amor, en poder formar un hogar y así sucesivamente. El negar la vida no es, pues, la negación de un derecho humano, sino el fracaso primordial de una especie viviente, como la de los humanos, y mucho más si se comprende como familia.

Pues bien, dicho esto, comencemos con la situación de “la vida”: en conjunto, en el llamado tercer mundo, es precaria, muy difícil y muchas veces imposible. Prima la muerte. En nuestro mundo actual, las “víctimas” así entendidas son numerosas, millones de seres humanos, y a ellos, sobre todo, tenemos en mente en esta presentación.

Víctimas y encubrimiento. En este contexto, mi primera afirmación es que *siempre que hay víctimas hay encubrimiento*, lo cual es expresión de un axioma más general: *siempre que hay escándalo hay encubrimiento*. Eso es así porque los victimarios tienden, como por naturaleza, a encubrir la obra de sus manos. Hacia lo exterior quieren ocultar lo escandaloso de sus acciones para que no llamen la atención. Hacia lo interior quieren ocultarse a sí mismos la maldad de sus acciones para no asustarse de sí mismos. Según esto, de la magnitud del encubrimiento se puede colegir la magnitud del escándalo; en este caso, la magnitud de las víctimas. El silencio sobre África, por ejemplo, es casi total, lo cual quiere decir que el escándalo de África es inmenso.

En la tradición bíblica esto se afirma con toda claridad. “El maligno es asesino y mentiroso” (Jn 8, 44), y por ese orden. Primero produce víctimas y después las encubre. Esos textos ignorados, cuando no sofocados, de hace dos mil años, siguen aportando una luz insustituible a nuestro sofisticado y autocomplaciente mundo. Esto quiere decir también que el mal tiene un dinamismo preciso. Puede discutirse dónde está su origen y si hay un único origen omniexplicativo. San Pablo, quien tomó en serio el problema del origen de la maldad humana, lo puso en la *hybris*, arrogancia de la creatura, que se diviniza y se basta a sí misma (Rom 2-3)⁷, o en el *deseo* de poseer, manipular y controlar —la concupiscencia (Rom 7)—. Ambas co-

sas no se excluyen, sino que se complementan, y ambas cosas pueden convergir en sus consecuencias⁸.

Aquí comenzamos por el *deseo*: “la codicia del dinero es el origen de todos los males” (1Tim 6, 10; *cfr.* Col 3, 5). De forma programática, en el Nuevo testamento, el pecado original aparece como la negación de compartir la propiedad. Ananías y Safira no quieren compartir, y entonces entra la muerte en la comunidad (Hech 5, 1-11). Desde ahí queremos analizar el orden en el cual se violan los mandamientos de la ley de Dios —pregunta macabra, pero iluminadora⁹—. En primer lugar se viola el *séptimo mandamiento*: “no robar”, no depredar a pueblos y naciones (petróleo, en Irak; coltán, en El Congo; agua, en África, espacio estratégico —“el patio trasero”—, en Centroamérica...). De ahí se sigue la violación del *quinto mandamiento*: “no matar” (no en vano existen guerras en todos los países citados: para depredar o para mantener lo depredado). Y de ahí la violación del *octavo mandamiento*: “no mentir” (no ocultar, no encubrir...). La mentira es, pues, una necesidad siempre que hay algún tipo de crimen. El *cover up* que se hizo famoso con el *Watergate* es, en sí mismo, una minucia, comparado con el gigantesco *cover up* sobre el tercer mundo y lo que se hace con él. La importancia de recordar el escándalo de *Watergate* es que ilustra a cabalidad el dinamismo del mal: el escándalo debe ser encubierto.

Diversidad de formas de encubrimiento. Las formas son variadas: el *encubrimiento directo* (“no sabemos que haya habido muertos en El Mozote”, decían voceros de la embajada de Estados Unidos, en el Salvador, en 1989, cuando, en la realidad, el batallón Atlacatl había asesinado alrededor de mil personas, hombres, mujeres y unos 160 niños); el *silencio* persistente (casi nadie sabe que hay una guerra en la República Democrática del Congo, con 3 millones de muertos, en unos seis años); la *mentira sobre los planes* que terminan en victimización (se invade a Irak para destruir armas de destrucción masiva —hasta ahora no se ha encontrado ninguna—, y no se reconoce que desde hace vein-

7. *Cfr.* J. I. González Faus, *Proyecto de hermano*, Santander, 1987, pp. 202-216.

8. La desobediencia a Dios y el comer del árbol prohibido (Gen 3, 5s), *hybris*, es tenido como pecado original, pero también lo es el asesinato de Abel por parte de Caín (Gen 4, 8), el deseo y el control. Los expertos dicen que en ambas cosas está la misma raíz de la pecaminosidad: querer ser como dioses, tener la ciencia del bien y del mal, y, por otra parte, querer tener poder para disponer de la vida de otro ser humano, lo cual es prerrogativa solo de Dios.

9. Véase lo que escribimos en “La honradez con lo real”, *Sal Terrae* 946 (1992), 375-388.

te años, ya en tiempo de Reagan, se hacían planes para controlar el petróleo de Irak y Asia central); *manipulación y tergiversación de las noticias*, en la medida de lo posible (se busca publicitar que las tropas de la coalición fueron recibidas con entusiasmo como fuerzas liberadoras, y se silencian, en lo posible, las reacciones contrarias, sin entusiasmo, con protestas...); *la descomunal desproporción* de lo que se dice sobre las víctimas y sobre los victimarios, presentados como salvadores (miles de horas dedicadas a las tropas de la coalición, sus virtudes y su potencial armamentístico, y muy pocas al sufrimiento de 28 millones de iraquíes); *la propaganda cuidadosamente estudiada* (Bin Laden, Saddam Hussein, que fueron aliados de Estados Unidos en su lucha contra los soviéticos en Afganistán y contra los ayatolá en Irán quedan convertidos, de la noche a la mañana, en adalides del eje del mal). Y a todo esto hay que añadir la censura impuesta de una manera descarada, los premios y las recompensas a quienes mienten, las amenazas a quienes dicen verdad...

La justificación de la victimización. A veces al encubrimiento se añade la hipocresía, cuando se busca no ya encubrir, sino justificar la barbarie. La depredación del continente latinoamericano hace cinco siglos, por parte de españoles y portugueses, fue justificada de innumerables formas: *eclesiásticamente* con la bula de Alejandro VI; desde la *filosofía política* con el argumento de que en aquellas tierras no había dueños legítimos; desde la *antropología* con el alegato de la inferioridad de los indígenas, a quienes negaron alma y humanidad; desde la *ética* con la afirmación de sus costumbres malas y depravadas; desde la *teología* con la tesis de que Dios, en su providencia, había concedido aquellas tierras a los españoles por sus exitosas campañas contra los infieles musulmanes...

Esto se repite al justificar las agresiones de Estados Unidos a Grenada, Panamá, Libia, Afganistán, Irak, por mencionar algunas de las últimas, en

nombre de la democracia y de la libertad —con lo cual a la injusticia se añade la desvergüenza—. Y en sociedades religiosas, todavía hoy se bautiza el mal “en nombre de Dios” y se lo justifica y bendice para “dar gloria a Dios”, “defender al cristianismo”... En El Salvador lo vivimos en la década de los setenta y ochenta. Se viola entonces el segundo mandamiento: “no usar el nombre de Dios en vano”.

Y se viola también y sobre todo el primer mandamiento. Ordena éste que solo hay que adorar al Dios verdadero, al Dios de vida; no a los dioses rivales, los dioses de la muerte. Y valga aclarar que, al menos desde la tradición bíblica, el problema implicado en el primer mandamiento no es que existan varios dioses *distintos*, sino que hay dioses en pugna, porque *unos* quieren la vida y *otros* la muerte. John Dominic Crossan, experto en temas bíblicos, dice comentando el Salmo 82:

En él se contempla una escena mitológica en la que Dios se sienta entre los dioses y las diosas, en el consejo divino. Los dioses y las diosas paganos no son destronados solo por ser *paganos*, ni por ser *diferentes*, ni por ser *competencia*. Son destronados por su injusticia, por su

negligencia divina, por el mal ejercicio que hacen de su cargo. Son rechazados porque no exigen ni hacen justicia entre los pueblos de la tierra. Y esta justicia se interpreta como protección para los pobres frente a los ricos, protección para los sistemáticamente

débiles frente a los sistemáticamente poderosos... El Salmo 82 nos dice cómo seremos juzgados por Dios, pero también cómo Dios quiere ser juzgado por nosotros¹⁰.

Invocar el primer mandamiento para generar víctimas y defender así al verdadero Dios, es la máxima perversión de la tradición cristiana, pues ese Dios es el de las víctimas. Esto se ha dicho de mil maneras. Valga ésta de Simone Weil, al comentar su encuentro con el cristianismo: “Tuve la certeza de que el cristianismo es la religión de todos los esclavos de la tierra... y yo entre ellos”¹¹.

El negar la vida no es, pues, la negación de un derecho humano, sino el fracaso primordial de una especie viviente, como la de los humanos, y mucho más si se comprende como familia.

10. *El nacimiento del cristianismo*, Santander, 2002, pp. 575s. Véase lo que escribimos hace años en “Reflexiones sobre el significado del ateísmo y la idolatría”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 7 (1986).

11. *A la espera de Dios*, Madrid, 1996, pp. 40, 42.

Se puede usar a Dios, pues, para encubrir la maldad, generando víctimas en su nombre, y, peor aún, para bendecirla y convertirla en bondad. Es la consumación de la aberración: “llegará el día en quien les mate piense que da gloria a Dios” (Jn 16, 2).

Con este breve análisis del dinamismo del mal queremos decir que alrededor de las “víctimas” gira una constelación de maldades humanas, pero éstas se pueden unificar, por ejemplo, en lo que Pablo llama *hamartía*, la fuerza y el poder del pecado, que lleva a la muerte (a diferencia de las transgresiones concretas, *paraptomata*). Elemento importante de esa constelación es la *mentira*, como hemos visto. Pero para que realmente exista vida y justicia para las víctimas, y paz para todos, hay que verla en el conjunto del dinamismo del mal. Por eso hemos hecho este breve análisis de la violación de los mandamientos.

Algunas precisiones sobre “víctimas” y “verdad”. En primer lugar, suele decirse que siempre que hay un conflicto, la guerra de Irak, por ejemplo, “la primera víctima es la verdad”, y aunque hay en ello mucha verdad, hay que matizarlo, para entender a víctimas y victimarios. Que la verdad es víctima, lo acabamos de ver. Pero no es la “primera” víctima. Antes de que se mienta y se encubra la victimización, incluso antes de que ésta se lleve a cabo, existe una maldad más primigenia, que también se quiere ocultar: la *decisión* de exiliar, someter y aun dar muerte. La primera víctima es, pues, la “decencia” humana, y, muerta ésta, se producen una serie de males en cadena. Después viene, automáticamente, “el encubrimiento”, es decir, la mentira. Y entonces sí, la verdad es víctima. Recordarlo nos parece importante para captar de forma adecuada el dinamismo del mal y sacar las consecuencias.

En segundo lugar, para superar la mentira y el encubrimiento buena es “la libertad de expresión”, pero, evidentemente —y la historia lo muestra con toda claridad— no basta, y es necesario recordarlo para no alardear de ella en los sistemas democráticos. Es necesario algo más primigenio: “la volun-

tad de verdad”, es decir, la decisión a “decir verdad”, aun con los graves costos que ello acarrea. Y lógicamente, antes de ejercitar esa voluntad, es necesaria también “la honradez con lo real”, empezando por la de uno mismo. En el más tradicional de los lenguajes, se trata del “examen de conciencia”. Se trata de que los victimarios, ellos ante todo,

y todos los ciudadanos, se pongan ante “lo último”, ante “Dios”, en lenguaje religioso, y se pregunten qué es la realidad —los pueblos crucificados que decía Ellacuría— y qué

hemos hecho con ella para que los pueblos estén crucificados¹².

En tercer lugar, todo esto es importante recordarlo en sistemas democráticos que, al apelar a la libertad de expresión y enorgullecerse de ella, con frecuencia no muestran ninguna voluntad de verdad, ni honradez con lo real. Es decir, no les interesa la verdad. Y es comprensible. Buscar la verdad para defender a las víctimas —y eso lo saben muy bien quienes trabajan en derechos humanos— no es solo trabajar para superar la ignorancia (y llegar al conocimiento), sino trabajar para superar la mentira (y llegar así a la verdad). El carácter dialéctico y aun duélico de este segundo proceso tiene sus costos, que incluso pueden convertir en víctimas a quienes lo promueven. Hay infinidad de ejemplos. Entre nosotros, Segundo Montes, fundador del IDHUCA, Marianela García Villa, presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (no gubernamental), Herbert Anaya, uno de sus sucesores, quienes, junto a otros muchos trabajadores de instituciones de derechos humanos, murieron asesinados.

Por último, la forma más descarada de encubrimiento y su maldad última consiste en negar simplemente la existencia a las víctimas y de todas las formas posibles. Esto ocurre, cuando, aun antes de ser asesinadas, con mucha frecuencia son ya víctimas del hambre, pero *no existen*; y cuando son asesinadas *tampoco existen*. Solo cuando los hechos se hacen inocultables, porque ha habido un trabajo inmenso, se acepta al menos que *ha habi-*

[...] siempre que hay víctimas hay
encubrimiento [...]

12. Y digamos también que, ante la ceguera culpable y la conciencia embotada de nuestro mundo, que quiere encubrirse a sí mismo, no estaría mal recordar la finura espiritual del salmista, cuando pide: “del pecado oculto, líbrame Señor”. No puede uno menos de recordar este salmo, cuando se ve a Bush y a sus asesores en oración, antes de bombardear a Irak.

do víctimas. Esto expresa no solo injusticia, sino crueldad. Y al nivel metafísico, por así decirlo, significa que el presupuesto, lo que está en posesión, no es la "existencia", sino la "no existencia". Increíble y escandalosamente, lo que hay que "probar" es la existencia de las víctimas. Esa es la maldad última y la máxima violación del octavo mandamiento: las víctimas no tienen palabra, no tienen nombre, no existen.

Y desde esta perspectiva hay que ver la maldad última de la impunidad. Por supuesto, es malo que no se aplique la justicia a los victimarios. Pero, por lo que ahora toca, la impunidad significa ante todo no tomar en serio la realidad de las víctimas, en cuanto tales: ha habido victimarios que les han violado sus derechos, las han torturado, desaparecido, asesinado, pero esos victimarios —en cuanto tales— no existen. Impunidad significa que no importa saber sobre su existencia fáctica y victimizante. y con mucha frecuencia, la humanidad, los estados y los gobiernos, pueden vivir tranquilamente con ese no saber, con ese no existir. Es la maldad última de la impunidad: no se sabe nada, no pasa nada.

2. El aporte de la verdad a las víctimas

Segunda proposición. La verdad es buena para las víctimas, pues les devuelve existencia y dignidad, mueve a la compasión y a la reparación, y ayuda a minimizar nuevas victimizaciones. Más en general, la verdad es buena porque hace que toda la realidad, la de las víctimas, sus victimarios y sus defensores, sea real y no fantasía carente de realidad.

Queremos ver el aporte de la verdad a las víctimas a dos niveles, uno más inmediato y otro más mediato.

Los bienes que produce la verdad. En lo inmediato, la verdad ante todo otorga existencia a las víctimas, al sacarlas del silencio o la tergiversación. Además, al mencionar siquiera los nombres de torturados, muertos y desaparecidos, y mucho más si se mencionan las causas nobles que les llevaron a ser victimizados, les otorga dignidad y la posibilidad de poder ser recordados como tales. Podrá parecer pequeño aporte, pero es el fundamental: hacer existir a las víctimas y otorgarles dignidad, devolverles ese derecho humano fundamental, actual o póstumo.



La verdad es también reparación en medio, muchas veces, de una diabólica tergiversación. Con frecuencia, las víctimas han sido no solo ignoradas, sino tenidas por victimarios. Monseñor Romero fue tenido por agitador subversivo, y "se mereció" lo que le ocurrió. Y en el colmo de la desvergüenza, los victimarios son tenidos por víctimas: soldados de ejércitos criminales han sido proclamados víctimas inocentes, asesinados por "terroristas", "comunistas", a lo cual a veces se solía añadir "con la connivencia de sacerdotes liberacionistas". Esto es grave insulto a las víctimas y grave degeneración de la humanidad. "¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, día a la noche y noche al día", amenazaba Isafas (5,20). Por ello, la verdad que posibilita superar esa degeneración, significa un gran avance en humanización.

La verdad se convierte en consuelo para familiares, amigos y compañeros de las víctimas. Permite entroncarlas en una tradición de gente buena y noble, con altos ideales, con generosidad incluso

para dar la vida por los demás. En palabras sencillas, la verdad hace posible que los sobrevivientes, las madres, puedan transmitir a sus hijos la bondad y la entrega de sus padres, hermanos, etc. En las iglesias se podrá transmitir con alegría la bondad y la fe de los mártires, que recuerdan a Jesús.

La verdad —aunque la maldad es contumaz— también puede frenar o minimizar que prosiga la victimización, en nuestro mundo, y la impunidad de los victimarios, antes, durante y después de cometer los crímenes. Facilita así un futuro más humano pues, con ella, lejos de exaltar la barbarie, se ensalza la compasión y la misericordia, la generosidad y la entrega, el hambre y la sed de justicia de aquellos que terminaron como víctimas y de quienes ahora los defienden.

La realidad quiere tomar la palabra. En lo mediato, el aporte de la verdad puede parecer más intangible —y es más difícil ponerlo en palabra—, pero a la larga es probablemente más eficaz, aunque para captarlo hace falta “espíritu de finura”. Karl Rahner solía decir que “la realidad quiere tomar la palabra”. Por así decirlo, la misma realidad quiere expresarse, y en ello se hace acontecimiento la verdad primordial. “La verdad” es, pues, cosa buena, pues sin ella “la realidad” no llega a ser lo que es. Decir la verdad es ayudar a la realidad a llegar a ser plenamente real. Por eso, todos intuimos que los seres humanos podemos llegar a serlo basados en la verdad, y que si ésta no aflora, nos encaminamos a la deshumanización radical, que lo abarca todo.

Pero también a ese nivel “metafísico”, la verdad es un gran aporte para las víctimas, tal como lo vieron monseñor Romero e Ignacio Ellacuría.

13. Quisiera recalcar el hecho. Estas palabras, casi al pie de la letra, y ciertamente en la estructura fundamental de la frase, las he escuchado con frecuencia. Expresan, pues, una conciencia bastante generalizada. Y desde otro punto de vista bien pueden fungir como el *kerygma* primitivo del “romerismo”.
14. Algo parecido resuena en las palabras, tantas veces citadas, de Ellacuría sobre lo que es una universidad. “La Universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón” (*Santa Clara*, 12 de junio de 1982).

Monseñor fue, entre nosotros, no solo insigne eclesiástico con tareas concretas, sino que también fue algo tan intangible y tan sumamente importante como “guardián de la realidad”, y, por ello, “guardián de la palabra”. Decía así: “Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz encontrará eco en aquellos que amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo” (29 de julio de 1979). Monseñor Romero daba voz a la realidad, la ponía en palabra, sobre todo la realidad de los pobres.

No tener voz es una forma de ser víctima. Al darles voz, Monseñor las desvictimizaba, al menos en ese ámbito de la realidad. Y al decirles la palabra de verdad, éstos experimentaban salvación. Así lo han expresado ellos mismos en palabras que he escuchado muchas veces: “Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres y por eso lo mataron”¹³.

Y no se piense que los pobres se alegraban de la verdad que decía Monseñor, porque con ella criticaba a sus verdugos, pero no a ellos. Monseñor también tuvo palabras críticas hacia los pobres —y hacia las organizaciones populares, por supuesto—, con inmenso cariño, pero los pobres seguían amando la verdad de monseñor Romero. Quizás porque “decir verdad como lo decía Monseñor” era un acontecimiento desconocido y sorprendente. Al decir la verdad a un pueblo de pobres, mil veces engañado, les mostraba un amor desconocido. Y se alegraban también quizás por una profunda intuición de que la verdad está a favor del pobre —aunque a veces sea crítica—, y porque muchas veces el pobre es lo único que tiene a su favor¹⁴.

Esa verdad fundamental, la verdad en cuanto tal, por así decirlo, está en favor de las víctimas. Y digamos muy brevemente que también lo está la verdad de Dios. De nuevo, en palabras de Monseñor, hablando en Puebla con Leonardo Boff, le dijo: “hay que defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida”. Y en Lovaina, el 2 de febrero de 1980, dijo: “la gloria de Dios es el pobre que vive”. El pobre intuye que Dios está a su favor, y eso lo experimenta cuando alguien como monseñor Romero le dice simplemente “la verdad” —antes de caer en la casuística de cuánto provecho sacarán de “verdades concretas”—.

El dinamismo del bien. Hablábamos antes del dinamismo del mal, pero también el bien tiene su dinamismo. En la tradición bíblico cristiana se dice “la paz es obra de la justicia” (Is 32, 17), “la verdad les hará libres” (Jn 8, 32)... Para las víctimas, lo más importante es que la realidad muestre el dinamismo del bien. Digamos, por ello, una breve palabra sobre el papel de la verdad dentro de ese dinamismo.

“La paz”, al menos como ausencia de víctimas, es “fruto de la justicia”, es el ideal de los pobres, pues son los más destrozados por la violencia y la injusticia. Pero en una sociedad en que ha habido víctimas y victimarios, para que haya paz hace falta reconciliación, y para que haya reconciliación hace falta verdad. En otras palabras, en paralelismo a lo que decíamos antes, hay que guardar en positivo el séptimo y quinto mandamientos: dar vida, propiciar justicia. Y para ello, hay que guardar en positivo el octavo mandamiento: decir verdad.

Sin verdad, paz y justicia serán siempre algo amenazado y endeble, “componendas”. Por el contrario, la voluntad de verdad, puesta a prueba por muchos obstáculos, expresa una primaria voluntad de humanización. Es la voluntad que lleva a la justicia y a la paz. Y todo lo dicho cobra mayor relevancia, cuando las víctimas son grandes grupos humanos, étnicos, pueblos enteros. Y también puede apreciarse el dinamismo del bien a partir de la verdad, como lo contrario de lo que denuncia Pablo en Romanos 1, 18: “La cólera de Dios se revela contra los que con la injusticia mantienen cautiva a la verdad”. Las consecuencias son que las cosas ya no revelan lo que son y dejan de ser sacramentos de Dios, que a los seres humanos se les entenebrece el corazón y se entregan a todos los vicios. Por el contrario, mantener la verdad,

liberarla, hace que las cosas se muestren como son, el corazón del ser humano, lo más profundo suyo, recobre luz, y el ser humano se ponga en camino de todo lo bueno.

3. El aporte de las víctimas a la verdad

Tercera proposición. Aunque sea paradójico, también las víctimas, por serlo, pueden aportar algo importante a que se constituya la verdad, sobre todo la verdad de los seres humanos del mundo de abundancia y opresión. Y, más en general, pueden animar a poner en camino de lo verdaderamente humano.

Al tratar este último punto quisiera darme a entender bien. No somos cínicos ni masoquistas, no queremos más víctimas, sobre todo habiéndolas visto muy de cerca. Y por supuesto, pensar en utilizar a las víctimas para sacar algún provecho de ellas, sería aberrante. Pero dicho esto, sigue siendo un hecho que la realidad está transida de víctimas. La humanidad las produce y las encubre, pero, aunque no llegue a esos extremos, no parece saber qué hacer con ellas. Y en cualquier caso, que es lo que ahora queremos recalcar, no se le ocurre que nos puedan humanizar. Eso, sin embargo, es esencial en la tradición bíblica —y lo confirma la historia nuestra—. Para captarlo no basta, ciertamente, espíritu de geometría, sino que se necesita espíritu de finura.

El aporte a la verdad. Ante todo, las víctimas producen luz para ver la verdadera realidad del mundo, y también la nuestra. Nos hacen conocer mejor lo que somos. Ellas son, en muy buena medida, producto de nuestras manos y conociendo lo que producimos, sabemos mejor lo que somos. Ellacuría lo solía decir en dos inolvidables metáforas. Si el primer mundo quiere conocer su verdad,



que se mire en las víctimas del tercer mundo. En ellas, como en un espejo invertido, se verá como es, deforme, sin el maquillaje de encubrimientos, propagandas e ideologías. Y si quiere saber cómo está su salud, que se someta al coproanálisis, análisis de heces en las que aparece el tercer mundo. Eso es lo que produce el primer mundo. Esa luz es un gran primer aporte.

Las víctimas pueden conseguir que lleguemos no solo al conocimiento que supera la ignorancia, sino a la verdad, que supera la mentira. Y por su naturaleza, esa verdad puede convertir a la razón. Sobre todo puede convertir a la razón instrumental en razón compasiva, de acuerdo a lo que decía Theodor W. Adorno: “la necesidad de dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad”¹⁵. En palabras que están —o debieran estar— en el origen de la cultura de nuestro continente, las víctimas pueden ayudar a despertar del sueño de cruel inhumanidad, como lo exigió Antonio Montesinos, en La Española, en 1511, a quienes estaban “en sueño tan letárgico dormidos”. Y se lo exigió después de poner ante sus ojos a los indígenas maltratados, heridos, muertos de trabajos y fatigas, a las víctimas.

Esa luz puede dar fortaleza y firmeza en la búsqueda de la verdad y de la justicia. Es bueno y necesario que a ello mueva el anhelo de terminar con la impunidad, el castigo de los culpables, la creación de mejores tribunales de justicia... Pero éstos son motivos “segundos”, en comparación con el motivo “primero”, que proviene de haberse dejado afectar por las víctimas, los pueblos crucificados.

El aporte a la humanización. Además de aportar a “la verdad”, las víctimas hacen también otros aportes a lo “verdaderamente” humano. El evangelio de Juan dice estas enigmáticas palabras: “cuando yo sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). Las víctimas atraen, convocan, nos sacan de nosotros mismos, y en eso consiste su aporte fundamental en un mundo de insensibilidad y egoísmo. Su realidad puede mo-

ver a una existencia *verdaderamente* humana. Puede mover a conversión, es decir, a un cambio radical. Puede remover las entrañas y moverlas a compasión y misericordia, orientando la vida a superar la crueldad, aun a costa de la propia vida, como lo hicieron los mártires, los consecuentemente misericordiosos. Pueden mover a una vida en solidaridad, es decir, el llevarse mutuamente los desiguales.

La máxima paradoja: las víctimas traen salvación. Por último, aunque esto es captado solo desde la fe, ciertamente la fe bíblica y cristiana, para erradicar los males de este mundo no basta con atacarlos solo desde fuera, sino que hay que cargar con ellos desde dentro. Eso es lo que las víctimas hacen con nosotros. Ellas cargan con el pecado del mundo que las producen, y así lo redimen (aunque cuesta que el mundo se deje redimir). Por así decirlo, hacen que el mal descargue sobre ellas su furia y su violencia para dejarlo como sin fuerza. Eso es lo que Isaías dice del siervo de Yahvé y Pablo de Cristo crucificado.

Puesto todo esto junto, tiene sentido hablar como lo hacía Ignacio Ellacuría: “el pueblo crucificado” da pie para una “soteriología histórica”. Dicho en lenguaje más claro y sencillo, las víctimas tienen un potencial para salvar a la historia y a la humanidad, y, en parte, ese potencial suyo es insustituible. Sin caer en el sacrificialismo, no se puede borrar esta intuición sin anular la fe cristiana: en la cruz de Jesús hay salvación, y tanto esa cruz como esa salvación llegan a nosotros a través de las víctimas de este mundo. Y terminemos con dos ejemplos para que no quede como pura teoría.

En la decisión primaria de vivir y dar vida, tal como apareció en el terremoto de San Salvador de 2001, se hace presente una como santidad primordial. Algo hay en las víctimas que quieren vivir, que fascina, subyuga, humaniza, desvela el misterio. Y algo hay también que nos salva e interpela con ultimidad [...] Ellas, pobres y víctimas —mujeres sobre todo, con sus hijos—, aun en medio de

[...] en una sociedad en que ha habido víctimas y victimarios, para que haya paz hace falta reconciliación, y para que haya reconciliación hace falta verdad.

15. Citado en J. B. Metz, “Hacia una cristología después de Auschwitz”, *Selecciones de Teología* 158 (2001), p. 112.

la catástrofe y en el imposible día a día, cumplen insignemente y ponen en práctica la llamada de Dios a vivir y a dar vida a otros... África es hoy, a mi entender, el continente en que con más fuerza aparece la santidad primordial [...] En los Grandes Lagos, larguísimas caravanas de mujeres huyendo de la muerte, sin prácticamente nada más que sus hijos, y los relatos de increíble crueldad y miseria, en cárceles y campos de refugiados, donde de una forma milagrosa también asoma la dignidad, el amor, y con él la esperanza. Esta es la santidad primaria, y como toda santidad "salva". De entre muchos relatos, cito solo estas líneas que una religiosa, que ha pasado años en África, escribe durante un retiro espiritual en España:

No es difícil alabar y cantar con todo asegurado. La maravilla es que los que reconstruyen sus vidas después de las catástrofes de terremotos, y los presos de Kigali que recibirán hoy visitas de familiares y con mil sudores les podrán llevar algo de comer, bendicen y dan gracias a Dios. ¡Cómo no van a ser los predilectos y de los que hemos de aprender la gratuidad! Hoy he recibido carta de ellos. Tal vez no se dan cuenta cuánto recibimos de ellos y cómo nos salvan¹⁶.

En Auschwitz, "preso niega a preso, pero el padre Kolbe rompe esa norma: preso ofrece su vida

por otro preso, para él desconocido [...] Movido a sorpresa y respeto por todo ello, uno de aquellos feroces vigilantes nazis exclama emocionado: 'Este cura es verdaderamente un hombre decente' [...] Aunque a la ilustración —tan racionalista y racionista— no le quepa en la cabeza, hasta en Auschwitz se puede vivir desde la gracia amorosa en diálogo con la luz. Y lo que no es capaz de entender la sabia ilustración lo supo vivir un breve franciscano menor convencional, el padre Maximiliano Kolbe, que, durante su reclusión, primero y luego en el momento decisivo, da un paso adelante y pide al Lagerführer de Auschwitz ocupar el lugar de un padre de familia condenado a muerte, alentar la esperanza y evitar la desesperación de los otros condenados en la celda de castigo"¹⁷.

* * *

Hemos comenzado con el análisis de la mentira, inmensa monstruosidad para encubrir la realidad de las víctimas. A la enormidad de la mentira hay que responder con la desmesura de la verdad. Esa desmesura está en favor de las víctimas, humaniza a sus defensores e, indefensamente, ofrece reconciliación a los victimarios. Y el espíritu de finura capta también, como lo hemos visto al final, que las víctimas traen —pueden traer si las dejamos— verdad y salvación a nuestro mundo cruel.

16. Párrafos de nuestro libro *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía. El Salvador, Nueva York, Afganistán*, San Salvador, 2003, pp. 129-132.

17. Carlos Díaz, *Monseñor Oscar Romero*, Madrid, 1999, p. 243.